

Skulduggery Pleasant,

detective
esqueleto

LOS SIN ROSTRO

sm

EL ESCENARIO DEL CRIMEN



TENDIDO en el suelo del salón, junto a la mesa de centro, había un hombre muerto. Se llamaba Cameron Light, pero eso era cuando el corazón aún le latía y el aire le circulaba por los pulmones. Su sangre ya seca formaba una mancha grande en la alfombra, a partir del sitio donde se desplomara. Le habían apuñalado una sola vez, en los riñones. Iba completamente vestido y tenía las manos vacías. No había indicios de que hubieran tocado ni revuelto nada.

Valquiria recorrió la habitación tal como le habían enseñado; observaba el suelo y las superficies, pero hacía lo posible por no mirar el cadáver. No tenía el menor deseo de entretenerse contemplando a la víctima más de lo estrictamente necesario. Volvió los ojos negros hacia la ventana. Al otro lado de la calle había un parque desierto; los toboganes brillaban, mojados por la lluvia, y la brisa glacial de las primeras horas de la mañana hacía chirriar los columpios.

Al oír pasos en la habitación, Valquiria se dio la vuelta y vio que Skulduggery Pleasant se sacaba de la chaqueta una bolsita

de polvo. Llevaba puesto un traje a rayas que encajaba a la perfección en su cuerpo de esqueleto, y un sombrero bien calado que ocultaba sus cuencas vacías. Metió un dedo enguantado en la bolsa y se puso a remover el polvo, desmenuzándolo bien.

–¿Alguna teoría? –inquirió.

–Le pillaron por sorpresa –respondió Valquiria–. No hay rastros de lucha, lo que indica que no tuvo tiempo de defenderse. Lo mismo que los demás.

–Una de dos: o el asesino no hizo el más leve ruido...

–... o su víctima confiaba en él. –La habitación tenía algo indefinible, un no sé qué que no terminaba de encajar. Valquiria miró a su alrededor–. ¿Estás seguro de que vivía en esta casa? No hay libros de magia, ni talismanes, ni amuletos en las paredes. Nada de nada.

Skulduggery se encogió de hombros.

–A ciertos magos les gusta vivir con un pie en cada lado. El mundillo de la magia tiende al secretismo, pero hay excepciones; me refiero a los que trabajan y hacen vida social en el así llamado «mundo de los mortales». Salta a la vista que el señor Light, aquí presente, tenía amigos que ignoraban que era mago.

En un estante había varias fotografías enmarcadas, del propio Light y de otras personas: amigos, familiares. A juzgar por esas fotos, se diría que llevaba una vida agradable, una vida en la que no le faltaba compañía.

Valquiria pensó que todos los escenarios de crímenes eran sitios deprimentes.

Volvió a mirar a Skulduggery, que estaba esparciendo el polvo por el aire. Se llamaba «polvo de arco iris», porque cambiaba de color al entrar en contacto con cualquier residuo que

hubiera dejado la magia en un lugar determinado. En ese momento, sin embargo, el polvo fue cayendo al suelo sin variar de color.

–No hay ningún rastro –murmuró el detective.

Aunque el sofá ocultaba el cadáver, Valquiria todavía alcanzaba a verle un pie. Cameron Light llevaba zapatos negros y calcetines grises, con los elásticos gastados. Tenía el tobillo muy blanco. Valquiria se hizo a un lado para no verlo más.

Un hombre calvo, de hombros anchos y penetrantes ojos azules, se reunió con ellos en la habitación.

–El detective Crux anda cerca –les advirtió el hombre, que se llamaba Bliss–. Si os pillan en el escenario de un crimen... –no terminó la frase; no hacía falta.

–Nos vamos –resolvió Skulduggery; se puso el abrigo y se tapó la parte inferior de la calavera con la bufanda–. Por cierto, te agradecemos que nos avisaras de lo ocurrido.

–El detective Crux no sirve para llevar una investigación de esta naturaleza –repuso Bliss–. Por eso, como miembro del Consejo de Mayores del Santuario, vuelvo a reclamar vuestros servicios.

La voz de Skulduggery adoptó un ligero tono de ironía.

–Creo que Thurid Guild no estaría de acuerdo.

–Aun así, le he pedido al Gran Mago que esta tarde os reciba, y me ha prometido que lo hará.

Valquiria enarcó una ceja, pero no dijo nada. Bliss era uno de los hombres más poderosos que existían y, al mismo tiempo, uno de los más temibles. Su sola presencia aún le daba escalofríos.

–¿Dijo Guild que hablaría con nosotros? –preguntó Skulduggery–. No es muy propio de él cambiar de opinión en cuestiones de este tipo.

–Corren tiempos muy malos –se limitó a decir Bliss.

Skulduggery asintió. Valquiria salió tras él de la vivienda. A pesar de lo gris del cielo, el detective se puso unas gafas de sol, además de la bufanda, para que los transeúntes no vieran sus cuencas vacías; eso si pasaba alguno, ya que la lluvia, al parecer, inducía a las personas más sensatas a quedarse en casa.

–Cuatro víctimas –reflexionó Skulduggery–. Y todos eran Teletransportadores. ¿Por qué?

Valquiria se abrochó el gabán con cierta dificultad. Aquellos ropajes oscuros le habían salvado la vida en más ocasiones de las que deseaba contar, pero cada movimiento que hacía le recordaba lo mucho que había crecido desde que Abominable Bespoke se la confeccionara a medida; era evidente que ya no tenía doce años. Había tenido que tirar las botas porque se le habían quedado pequeñas, y comprarse unas normales en una zapatería corriente. Le convenía mucho que Abominable dejara de ser una estatua y recuperase su forma humana, para que pudiera hacerle un traje nuevo. Valquiria se concedió unos instantes para avergonzarse de su egoísmo, y luego volvió a su tarea.

–A lo mejor Cameron Light y los demás Teletransportadores le hicieron una jugarreta al asesino, y este, o esta, se vengó –reflexionó.

–Esa es la teoría número uno –respondió Skulduggery–. ¿Alguna más?

–Puede que el asesino necesitara algo que tenían en su poder.

–¿Algo como qué?

–No lo sé. Algo típico de los Teletransportadores.

–¿Y por qué tuvo que matarlos?

–Igual se trataba de un objeto de esos que solo puedes utilizar si matas a su dueño, como el Cetro de los Antiguos.

–Ya tenemos la teoría número dos.

–También es posible que el asesino quiera apoderarse de algo que posee uno de los Teletransportadores, y por eso los ha ido eliminando hasta encontrar al que busca.

–Sí, es otra posibilidad. Vamos a convertirla en la teoría número dos, variante B.

–Me alegro de que no compliques las cosas más de lo indispensable –murmuró Valquiria.

Una furgoneta negra se detuvo a su lado. El conductor se apeó, miró en todas direcciones para asegurarse de que no hubiera curiosos, y abrió la puerta lateral. Dos Hendedores saltaron a la calle y permanecieron en silencio; vestían de gris y ocultaban la cara tras la visera de sus cascos. Cada uno empuñaba una guadaña muy larga. Por fin salió el último ocupante de la furgoneta, y se colocó entre los Hendedores. Llevaba pantalones holgados y cazadora; tenía la frente despejada y lucía una perilla puntiaguda, con la que pretendía realzar un poco su barbilla casi inexistente. Remus Crux observó a Skulduggery y a Valquiria con gesto despectivo.

–Vaya –comentó–. Quién está aquí –tenía una voz curiosa, como la de un gato mimado que gime para que le traigan de comer.

Skulduggery señaló con la cabeza a los Hendedores que le flanqueaban.

–Veo que hoy viene de incógnito.

Crux se irritó de inmediato.

–Soy el detective principal del Santuario, señor Pleasant. Tengo enemigos, y por tanto necesito guardaespaldas.

–¿Y es preciso que se pongan en medio de la calle? –preguntó Valquiria–. Resulta ligeramente llamativo, ¿no cree?

Crux emitió un bufido de desdén.

–¡Oh! ¡Qué bien te expresas para tener trece añitos!

Valquiria tuvo que contenerse para no golpearle.

–En primer lugar, me expreso normalmente –replicó–. En segundo, ya he cumplido catorce años. Y en tercero, le diré que su barba es de lo más ridícula.

–Qué divertido –comentó Skulduggery alegremente–. Qué bien nos llevamos los tres.

Crux fulminó a Valquiria con la mirada; luego se volvió hacia Skulduggery.

–¿Se puede saber a qué han venido?

–Pasábamos por aquí, oímos que se había cometido otro asesinato y se nos ocurrió echar un vistazo al lugar del crimen. La verdad es que acabamos de llegar. ¿Habría alguna posibilidad de que...?

–Lo siento, señor Pleasant –repuso Crux con frialdad–. Debido al carácter internacional de estos crímenes y a la atención que están despertando, el Gran Mago confía en que me comportaré del modo más profesional posible, por lo que me ha dado instrucciones muy estrictas en lo referente a usted y a la señorita Caín. No desea que se inmiscuyan en absoluto en los asuntos del Santuario.

–Pero este asunto no tiene nada que ver con el Santuario –señaló Valquiria–. Es un asesinato, y punto. Cameron Light ni siquiera trabajaba para el Santuario.

–Se trata de una investigación oficial del Santuario; por lo tanto, compete a sus representantes y solo a estos.

–Entonces, ¿cómo va la investigación? –repuso Skulduggery en tono cordial–. Deben de apremiarle mucho para que desentrañe el asunto, ¿verdad?

–Todo va bien.

–Claro, claro. Estoy seguro de que todos los países del mundo les ofrecen su ayuda y aúnan sus esfuerzos. Al fin y al cabo, este asunto no afecta solamente a Irlanda. Ahora bien, si necesitaran un poco de ayuda extraoficial, tendríamos un gran placer en...

–A lo mejor USTED puede infringir las normas, pero YO no puedo –le atajó Crux–. Y usted ya no goza de autoridad alguna. Renunció a ella al acusar de traición al Gran Mago, ¿no se acuerda?

–Vagamente...

–¿Quiere que le dé un consejo, Pleasant?

–Más bien no.

–Búsquese un agujero bien bonito y tumbese en él. Como detective, está usted acabado. Ya no pinta nada.

Crux hizo una mueca que pretendía ser un gesto desdeñoso de triunfo, y entró en el edificio en compañía de los dos Hendedores.

–No me cae bien –dijo Valquiria con convicción.